



César Mallorquí

EL JUEGO DE

CAÍN

Carmen Hidalgo parece una mujer normal; tan absolutamente corriente que resultaría invisible, de no ser por dos peculiaridades: su desmedida afición a los zapatos de marca y el hecho de dirigir Investigaciones Hidalgo, una pequeña agencia de detectives que también parecería del todo corriente, si no fuera por su muy poco convencional plantilla de colaboradores.

Un día, Ignacio Vázquez, constructor multimillonario y presidente del club de fútbol Deportivo de Chamartín, entra en contacto con Carmen y le encarga que investigue a la estrella de su equipo, Rubén Mochedano, un jugador de fama mundial cuyo rendimiento y conducta han sufrido, repentinamente, un cambio nada deseable. Carmen acepta el caso y no tarda en descubrir que el jugador está siendo víctima de un chantaje; pero el asunto se complica y lo que parecía una simple extorsión acaba convirtiéndose en una trama mucho más compleja y extraña, un rompecabezas en el que incluso están implicados varios servicios de inteligencia extranjeros.

Así pues, Carmen, ayudada por un viejo ex ladrón, una banda de moteros, una hacker felizmente instalada en la obesidad mórbida y un asesino a sueldo esquizofrénico, deberá intentar desentrañar un peligroso enigma que la conducirá de los suburbios de Madrid a las selvas de Colombia, y en el curso de cuya resolución pronto empezarán a acumularse las amenazas, los intentos de asesinato y los cadáveres.

Con estos elementos, más un poco de pasión, unas gotas de crítica social y mucho sentido del humor, el brillante narrador de historias que es César Mallorquí ha urdido una absorbente novela de intriga llena de personajes memorables; un thriller que, una vez comenzado, resulta imposible dejar de leer.

Este libro está dedicado a Marta José Álvarez, Pepa, mi enemiga, mi amiga, mi amante, mi compañera, mi Imelda Marcos, mi refugio.

Demasiado grande es mi culpa para que pueda soportarla. Tú me echas hoy de sobre la faz de la tierra, y de tu presencia habré de esconderme. Andaré fugitivo y errante por la tierra, por lo que cualquiera que me encuentre, me matará.

Génesis 4, 13-14.

Nunca me ha interesado el fútbol; apenas conozco sus reglas y sólo he presenciado un partido en mi vida. Sin embargo, podría contarte un par de cosas que desconoces acerca de este deporte. Tampoco creo en las apariciones, pero una noche vi asesinar a un hombre y, poco después, le vi caminando entre los vivos, aunque estaba condenadamente muerto. No obstante, lo más increíble de todo es que jamás había oído hablar de Rubén Mochedano. De acuerdo, sí, seguro que tú le conoces; era una estrella, ya lo sé, un as del fútbol. Pero yo no tenía ni idea de quién se trataba hasta que me confiaron la tarea de descubrir su secreto. Porque Rubén Mochedano ocultaba algo, un misterio, un acertijo cuya resolución trajo una tormenta de odio, celos, engaños, traiciones, muerte y dolor. ¿Quieres que te cuente su historia? Aunque, claro, puede que te preguntes quién soy yo para contarte nada...

Si un día, caminando por la calle, te cruzaras conmigo, no te molestarías en dedicarme un segundo vistazo; si fueras un hombre, no volverías la cabeza para mirarme el culo ni me sonreirías como un zorro hambriento, y si fueras una mujer, no prestarías atención al traje de Zara, ni al abrigo de El Corte Inglés, ni al bolso de Mango, ni a las mechas que me aclaran la media melena, ni a mi maquillaje Max Factor. Aunque, si eres observador, si sueles prestar atención a los detalles, puede que entonces te fijes en mis pies y adviertas que en ellos hay algo distinto, un elemento discordante entre tanta vulgaridad. Los zapatos. Quizá sean de Ferrutx, o Mascaró, o Dolce Gabbana, da igual, la cuestión es que serán tan caros, sofisticados y elegantes que a

lo mejor comienzas a sospechar que no soy exactamente lo que parezco.

¿Y qué parezco? Un ama de casa, una secretaria, la cajera de una mercería, una camarera, una maruja de clase media, una funcionaria de Correos, cualquier cosa menos lo que soy en realidad. Esa falsa impresión no se debe sólo al *atrezzo*; también contribuye, y no poco, mi aspecto físico: mido un metro sesenta y siete de estatura, tengo treinta y cinco años, el pelo castaño, los ojos tan castaños como el pelo, la cara ovalada, el culo algo más grande de lo que a mí me gustaría y al menos cuatro kilos de más. No, nadie me pagaría por contornearme a lo largo de una pasarela.

Bueno, ya sabes lo que parezco; ¿quieres saber lo que de verdad soy? Soy Carmen Hidalgo, la ignorante que jamás había oído hablar de Rubén Mochedano.

Un momento, ya que vamos a estar juntos durante muchas páginas será mejor que no haya secretos entre nosotros: «Hidalgo» ocupa en realidad el tercer puesto en mi lista de apellidos. Los dos primeros son López y Corral, así que me pareció mejor usar el segundo apellido de mi padre. A fin de cuentas, «Hidalgo» tiene empaque y resalta en las páginas amarillas cuando buscas la sección dedicada a las agencias de detectives.

Ya está, ya lo he dicho; eso es lo que soy: la propietaria de una agencia de detectives llamada investigaciones Hidalgo. Bonito nombre, ¿verdad? Un nombre del que te puedes fiar, un nombre sólido y grande. De hecho, el nombre de mi negocio es mucho más grande que el negocio en sí mismo. La agencia está situada en la Gran Vía de Madrid, cerca de la Plaza de España, y ocupa un local de ochenta escasos metros cuadrados en la tercera planta de un edificio de oficinas. Aparte de mí, sólo hay otras dos personas en nómina: Gabriel Ramos, secretario, recepcionista y telefonista, y Hermenegildo Astray, alias *Dosdedos*, más conocido como Hermes, una herencia de mi desaparecido esposo y también uno de mis mejores amigos. Además, cuento

con diversos colaboradores ocasionales a tiempo parcial. Aparte de mi familia, por supuesto.

Ahora volvamos a Rubén Mochedano. Por increíble que parezca, jamás había oído hablar de él hasta aquella mañana de comienzos de primavera, cuando llegué a la oficina y me encontré con una llamada telefónica esperándome...

PRIMER TIEMPO

Capítulo 1

Pasaban unos minutos de las nueve y media cuando crucé el umbral de Investigaciones Hidalgo. Llegaba tarde, y no sólo porque fuera lunes —los lunes funciona más despacio—, sino también por las, ay, excesivas copas que había consumido la noche anterior y que ahora se abatían sobre mí como una plaga bíblica en forma de dolor de cabeza y estómago revuelto.

—Buenos días, señora Hidalgo —me saludó Gabriel desde detrás de su mesa de trabajo.

Gabriel Ramos tenía veintitrés años, medía un metro ochenta de estatura y poseía el rostro y el cuerpo de un héroe griego. Llevaba año y medio trabajando para mí; antes, su puesto lo ocupaba Ramona Fernández, una cincuentona insoportable —también herencia de mi marido— que nunca hizo el menor esfuerzo por disimular lo mal que le caía yo. Y eso que soy un encanto. Un buen día, afortunadamente, decidió dejarme plantada, ocasión que aproveché para sustituirla por lo que siempre había soñado.

En las películas americanas, los detectives privados tienen, invariablemente, secretarías despampanantes; así pues, ¿por qué no podía tener yo el equivalente masculino de esas muñecas siliconadas? La respuesta a mis plegarias la encontré en Gabriel, el hijo de una vecina de mi prima Adela, un joven estudiante de Derecho adicto al gimnasio, la versión vallecana del Apolo de Belvedere. Da gusto mirarlo. Además, sé que podría acostarme con él en cuanto quisiera; no porque Gabriel haya dado jamás la menor muestra de interés en ese sentido —es demasiado educa-

do para siquiera planteárselo y yo demasiado mayor que él para estimularle lo suficiente—, sino porque la profunda veneración que me profesa le haría saltar como un cachorro obediente sobre mi lecho en cuanto yo chasquease los dedos. Pero no lo haré, claro, nunca chasquearé los dedos, jamás le pediré que visite mi cama. No obstante, me hace sentir bien saber que podría hacerlo.

—Hola, Gabriel —respondí intentando componer una sonrisa—. ¿Ha llegado Hermes?

El Apolo de Belvedere negó con la cabeza.

—Está en los archivos del Ayuntamiento, buscando datos para el caso Intasa.

No tenía ni la más remota idea de qué demonios era el «caso Intasa». Asentí con un leve cabeceo y, mientras echaba a andar hacia mi despacho, pregunté:

—¿Hay café?

—Le he dejado una taza sobre la mesa, pero debe de haberse enfriado. Le serviré otra.

—Déjalo. Necesito cafeína, no calorías.

Abrí la puerta y me dispuse a refugiar mi resaca en la intimidad del despacho, pero Gabriel me contuvo:

—Han llamado preguntando por usted. —Consultó un bloc de notas y agregó—: Luisa Cebrián, la secretaria de don Ignacio Vázquez de Olmedo.

¿Vázquez de Olmedo...? Aquel nombre era muy familiar, pero me dolía tanto la cabeza que tardé unos segundos en ponerle cara.

—¿El constructor? —dije al fin.

Gabriel me miró como un niño pillado en falta.

—Me parece que también es constructor, sí... —musitó—. Pero sobre todo es el presidente del Deportivo de Chamartín.

De nuevo tardé unos segundos en procesar la información. Deportivo de Chamartín. Un club de fútbol.

—¿Qué quería?

—No lo ha dicho. Ha dejado un número de teléfono para que la llamáramos en cuanto usted llegara.

Luchando contra las brumas de la resaca, logré que mis neuronas se coordinaran durante unos instantes.

—¿Esa secretaria llamaba en nombre del Ignacio Vázquez constructor o del Ignacio Vázquez presidente de club? —pregunté.

—No lo sé, lo siento... —repuso Gabriel, sonrojándose.

Pobre, debía de pensar que me estaba decepcionando, así que me las arreglé para mantener a raya la jaqueca y dedicarle una sonrisa.

—No importa, Gabriel. ¿El número que te ha dejado es de un móvil o de un fijo?

—Un fijo.

—Entra en Internet y averigua quién es el titular de ese teléfono. Cuando lo sepas, me llamas.

Entré en el despacho, me senté frente al escritorio y conecté el ordenador. Mientras la pantallita azul de Windows se formaba en el monitor, apuré de un trago el café que Gabriel había dejado sobre mi mesa; estaba frío y amargo, pero me sentó bien. Dejé la taza a un lado, me incliné sobre el teclado e, invocando a san Google, escribí «Ignacio Vázquez de Olmedo» y pulsé *enter*.

En menos de un segundo obtuve 788.000 abrumadores resultados. Según el breve muestreo que realicé, la mayor parte de ellos hacían referencia a su calidad de presidente deportivo, aunque también había muchos relacionados con su actividad empresarial. Abrí una de las páginas web de deportes y comencé a leer un artículo sobre el C.F. Deportivo de Chamartín, pero, a causa de mi profundo desconocimiento acerca del noble mundo del balompié, no tardó en antojármese demasiado críptico, así que abandoné la lectura sin sacar en claro más que el Deportivo de Chamartín iba segundo en la liga, a dos puntos de distancia del Real Madrid.

El teléfono que descansaba a mi derecha gorgojeó alegremente.

—Ya lo he averiguado, señora Hidalgo —dijo Gabriel desde el otro lado de la línea y de la puerta—. El número está a nombre de Contratas y Obras Públicas, S. A.

—Buen trabajo. Ahora, ponme con tu amiga.

Tras unos segundos de pausa, Gabriel preguntó con voz vacilante:

—¿Qué amiga, señora Hidalgo?

Ayayayay, pero qué inocentemente literal era ese muchacho.

—La secretaria de Vázquez —le aclaré con bendita paciencia—. Luisa no-sé-qué.

—Cebrián —apuntó él.

—Eso. Ponme con ella.

Mi fiel y apolíneo secretario apenas tardó un minuto en pasarme la llamada.

—Soy Carmen Hidalgo —dije—. Tengo entendido que quería hablar conmigo...

—Así es, señora Hidalgo —respondió una voz de mujer, tan inexpresiva que parecía artificial—. Soy Luisa Cebrián, asistente personal de don Ignacio Vázquez de Olmedo. Mi llamada se debe a que el señor Vázquez de Olmedo desea entrevistarse con usted; hoy mismo si es posible. ¿Lo es?

Estaba tan fascinada por el modo en que aquella mujer pronunciaba los apellidos de su jefe —*Vázquezdeolmedo*, todo junto, como si fuera un solo nombre—, que tardé unos instantes en darme cuenta de que me había preguntado algo.

—Sí, sí, claro —respondí apresuradamente—. Creo que puedo hacerle un hueco en mi agenda.

—Perfecto. ¿Esta tarde, a las cuatro y media, le parece bien?

Simulé consultar una inexistente agenda y le dije que sí. Acto seguido, ella me proporcionó una dirección de la calle Serrano y añadió:

—El señor Vázquez de Olmedo es muy escrupuloso con la puntualidad, así que procure llegar a la hora convenida. Y una cosa más, señora Hidalgo: venga sola.

Tras despedirse con un distante «buenos días», la secretaria cortó la comunicación. Durante unos segundos me quedé con el auricular pegado a la oreja y el pitido intermitente de una línea muerta latiéndome en el oído; aquel «venga sola», no sé por qué, me había sonado incongruentemente siniestro.



Pasé el resto de la mañana poniendo al día el papeleo y llamando por teléfono, aunque a última hora decidí zambullirme en Internet para intentar averiguar algo más acerca de Ignacio Vázquez. Esto es todo lo que descubrí:

Ignacio Vázquez de Olmedo. Nacido en Madrid el 7 de enero de 1948. Ingeniero aeronáutico. Casado con Teresa Castresana Díez-Vilariño. Dos hijos: María Teresa, nacida en 1979, y José Ignacio, nacido dos años más tarde. Tras acabar la carrera, fue profesor de Ecuaciones Diferenciales y Cálculo Numérico en la Universidad Politécnica. En 1984 se convirtió en vicepresidente ejecutivo de Construcciones Valdeavellano, S. A. En 1991 fue nombrado presidente y consejero delegado de la constructora COLCISA, convirtiéndose en uno de los principales accionistas de la compañía. A partir de entonces compaginó su trabajo en COLCISA con la presidencia de diversas empresas, hasta que, en 1998, se convirtió en presidente y máximo accionista de Contratas y Obras Públicas, S. A., Copsa, resultante de la fusión de COLCISA con Construcciones Valdeavellano. En 2001,

tras unas reñidas elecciones, fue elegido presidente del club de fútbol Deportivo de Chamartín.

Punto final. Ningún problema grave con la justicia, ningún escándalo, nada que pudiera empañar su imagen de empresario modélico, salvo quizá la recalificación de los terrenos de la Ciudad Deportiva del club, un asunto que, dos años atrás, había levantado mucha polémica, pero que al final nadie se atrevió a denunciar como lo que en realidad parecía ser: puro tráfico de influencias.

Poco antes de las dos, tras llamar discretamente a la puerta, Hermenegildo Astray entró en mi despacho. Hermes tenía una edad indefinida, entre cincuenta y sesenta años; era delgado, de mediana estatura, con una abundante cabellera de color negro «Just for men», bigote, perilla y los ojos parapetados tras unas gafas de montura metálica. Vestía un impecable terno gris plomo, camisa azul y corbata roja.

—Buenos días, jefa —me saludó con su voz de barítono—. ¿Te sucede algo? Tienes mala cara.

—Lo que tengo es resaca, Hermes.

—Ah, el alcohol... Como decía Shakespeare, «el buen vino es una excelente y jovial criatura de Dios cuando se hace de él uso moderado».

—Lo malo es que, además de vino, tomé ginebra, whisky, ron... y, desde luego, no fui ni pizca de moderada. Era la despedida de soltera de mi prima Almudena y después de cenar fuimos a uno de esos locales para mujeres donde...

—¿Dónde bailan semidesnudos jóvenes atletas con los músculos embadurnados de aceite?

Dejé escapar un suspiro.

—De lo del aceite no estoy segura —repuse—; pero lo demás es una descripción bastante fiel, sí.

—Bueno, una cana al aire de vez en cuando tonifica el espíritu. ¿Lo pasaste bien?

Cerré los ojos y evoqué una turbia imagen de mí misma bailando en un escenario con un semental adicto a los anabolizantes. Sacudí la cabeza y respondí:

—No me acuerdo. Oye, ¿qué es eso de Intasa?

—Una subsidiaria de Promotel, el cliente que nos contrató hace un mes para investigar una presunta estafa. Resulta que el director general y el director financiero de Intasa han estado emitiendo facturas falsas con cargo al...

Asentí con un cabeceo y dejé de prestar atención. Me aburrían los casos de índole económica, así que solía dejarlos en manos de Hermes. Le miré con los ojos entrecerrados; parecía un empresario, o un abogado, incluso un aristócrata, pero algo en su exquisitamente correcta dicción, un casi imperceptible arrastre de las ges y las jotas, le delataba como el granuja del barrio de Lavapiés que en realidad era.

—¿Qué sabes de Ignacio Vázquez de Olmedo? —pregunté, interrumpiendo el aburrido monólogo en que se había embarcado.

—Que es constructor —respondió al instante—, que es el presidente del Deportivo de Chamartín y que es uno de los diez hombres más ricos de este país. ¿Por qué?

—Porque me ha telefoneado.

—Vaya, jefa, qué nivel. Así que codeándote con el gran Vázquez con uve de victoria.

—En realidad, sólo he hablado con su secretaria. Estoy citada con él a las cuatro y media.

—¿Acaso pretende recurrir a nuestros servicios?

—Supongo.

—Eso está bien; siempre es bueno trabajar para potentados. Aunque, como decía Bonnard, los ricos deben tener el alma muy fuerte para poder abstenerse con firmeza del placer que se experimenta al dar a los otros. ¿Trabajaremos para la constructora o para el club?